

Museo del ruido

Víctor Pliego

LOS vigilantes de los museos me inspiran compasión. Antes disfrutaban de un trabajo tranquilo y relajante, incluso aburrido, pero muchos corren hoy el peligro de volverse locos. Ha surgido un nuevo riesgo laboral en los museos, pues no hay exposición que no tenga instalada en alguna de sus salas algún aparato infernal de ruido incesante. La grabación sonora o de vídeo se repite hora tras hora, destruyendo el respetuoso silencio que antes reinaba en aquellas acogedoras salas.

La exposición que el Museo Reina Sofía dedicada a los encuentros de Pamplona de 1972 es magnífica. Confirma la trascendencia que tuvo aquella convocatoria y cómo se utilizó para expresar el malestar político de diverso signo. Pero la exposición está inundada de ruidos desquiciantes para el visitante, y no quiero ni imaginar la tortura que suponen para los vigilantes que pasan allí todo el día. También descubro presencias horribles en algunos montajes teatrales que cuentan con un “espacio sonoro”. “Proprio come se nulla fosse avvenuto” es un espectacular y precioso montaje de Roberto Andò llegado al festival de Otoño de Madrid desde Nápoles. Durante dos tercios de la función suena una continua música de fondo superpuesta a las excelentes voces de los actores, así como a la música que se interpreta en escena. La interferencia resulta perturbadora en un grado que no creo que sea plenamente intencionado. Y unos amigos sensibles a estas cuestiones me hacen notar que lo mismo le pasa a la película de Amenábar, “Ágora”, cuya incesante música de fondo provoca un distanciamiento que sin duda perjudica al resultado final. Porque el ruido nubla el entendimiento.